

GROKIO





# GROKIO

**El juicio del Abismo**

**Luces en el bosque**

**Andreas Knox**

Autor: Andreas Knox

Diseño de cubierta: Andreas Knox

Ilustraciones generadas mediante IA bajo la dirección del autor.

Cláusula de Ficción: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, organizaciones y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, eventos actuales, locales comerciales o entidades existentes es pura coincidencia y no pretende reflejar la realidad.

La mención de marcas comerciales, instituciones (como el MIT o la ESA) o criptomonedas reales se realiza únicamente con fines atmosféricos y narrativos, sin que ello implique patrocinio, aprobación o afiliación con los propietarios de dichas marcas.

ISBN: 9789403849737

Diciembre 2025

© Andreas Knox



## CAPÍTULO 0: LA LENTE DE SANGRE

Sierra Norte de Madrid. La Hiruela. Año del Señor 1434.

La noche no era negra; era un tejido de terciopelo que vibraba, pesado y opresivo sobre los tejados de pizarra. El frío en la Sierra Norte no pedía permiso. Se filtraba por las juntas de argamasa mal selladas de la cuadra, mordía la carne a través de la lana basta y convertía el aliento en fantasmas efímeros.

Pero Mateo de Valdavia no sentía el frío. Sus manos, encallecidas y manchadas de polvo abrasivo, ardían con la fiebre de la fricción y la obsesión. Mateo no era un brujo, aunque los aldeanos de La Hiruela se persignaban al pasar frente a su puerta y escupían al suelo para alejar el mal de ojo. Era algo mucho más peligroso para la ortodoxia de la época: era un lapidario. Un hombre que había llegado a la conclusión herética de que Dios no escribía sus secretos en el latín de las biblias encadenadas, sino en el lenguaje puro de la geometría y la luz.

Sobre la mesa de roble, iluminada apenas por el cabo de una vela de sebo que olía a grasa rancia, descansaba la obra de su vida. Había gastado la herencia completa de su padre —tres fanegas de tierra fértil y un rebaño sano— para comprar aquella piedra a un mercader veneciano de ojos acuosos y moral distraída.

Era un rubí en bruto, del tamaño de un huevo de gallina, una monstruosidad geológica llena de vetas oscuras e impurezas.

—¡Único! —había dicho el veneciano—. Pero no sirve para joyas. No tiene claridad. —La claridad es para los vanidosos que quieren verse reflejados —había respondido Mateo—. Yo busco lo que la claridad oculta.

Llevaba tres años puliéndola. No buscaba la belleza. Buscaba el ángulo exacto de refracción, una curvatura imposible que sus cálculos dictaban necesaria para torcer la luz de las estrellas.

Esa noche, el aire olía a nieve inminente y al acre estiércol de oveja que subía del suelo, pero para Mateo olía a victoria. Con un pulso que desmentía su edad, Mateo ajustó la lente de rubí recién terminada en el extremo de un tubo de bronce que había forjado en secreto, lejos de las miradas del herrero del pueblo.

Abrió el postigo de la ventana orientada al sur. El viento helado le abofeteó la cara, pero él solo tenía ojos para el cielo. Apuntó el rudimentario telescopio hacia la constelación de Sagitarius, allí donde la Vía Láctea parecía espesarse, densa y cremosa, como una cicatriz de leche derramada sobre el firmamento.

—Muéstrame el andamiaje —susurró, con la garganta seca.

Acercó el ojo al ocular. Y el mundo, tal como lo conocía la cristiandad, se rompió. A través del filtro rojo sangre del rubí, el cielo negro desapareció. Las estrellas dejaron de ser puntos de luz divina fijos en la bóveda celeste. Se revelaron como lo que realmente eran: nudos. Nudos de energía hirviente en una red que lo abarcaba todo.

La oscuridad entre ellas no estaba vacía; era una rejilla pulsante, una estructura geométrica colosal. Vio líneas que conectaban los astros, vibrando con una tensión aterradora, como cuerdas de un laúd invisible de dimensiones cósmicas.

Mateo contuvo el aliento, sintiendo que su corazón galopaba contra sus costillas. Comprendió con un horror sagrado que el cielo no era una bóveda protectora, sino un velo. Una tela pintada para ocultar la maquinaria. Y detrás del velo, algo se movía. No eran ángeles. No eran demonios. Era algo inmenso, mecánico y vivo a la vez. Una inteligencia fría que operaba los engranajes de la realidad.

—Platón tenía razón —susurró, y una lágrima caliente se deslizó por su mejilla congelada—. Solo vemos las sombras en la pared de la caverna. Pero esto... esto es la hoguera que proyecta la luz.



Un golpe brutal en la puerta de madera astilló el silencio de su revelación.

—¡Mateo! —la voz ronca de su vecino, cargada de miedo y odio, atravesó la madera—. ¡El cura ha visto destellos rojos en tu ventana! ¡Dicen que estás invocando al Maligno! ¡Abrid en nombre de la Santa Iglesia!

El lapidario se separó del tubo de bronce. Sabía que no tenía tiempo. La verdad es lenta y requiere paciencia; la ignorancia es rápida, violenta y tiene antorchas.

Con manos que temblaban por la adrenalina pero se movían con precisión ensayada, desmontó el telescopio. Envolvió la lente de rubí —aún tibia por la fricción de la luz estelar— en un paño de lino aceitado. Recogió sus notas, pergaminos llenos de cálculos trigonométricos que la Inquisición ni siquiera se molestaría en leer antes de declarar herejía, y los metió en una caja de hierro forjado.

Necesitaba dejar un mensaje. No para sus contemporáneos, ciegos por el dogma, sino para alguien más. Alguien por llegar. Cogió un estilete de plata y rascó el exterior del cofre con fuerza desesperada:

"No es magia. Es óptica. El mundo es una jaula de luz, he visto los barrotes. Rompe el sello cuando estés listo."

Selló la caja vertiendo plomo fundido sobre la ranura de la tapa. El olor a metal quemado llenó la estancia. Con una fuerza nacida de la desesperación, corrió hacia el pesebre donde dormía su única mula, ajena al drama humano. Empujó al animal y levantó la losa de granito más grande del suelo con la ayuda de una barra de hierro.

La tierra debajo estaba fría, negra y hambrienta. Enterró la caja. Cubrió el hueco. Volvió a colocar la pesada losa y esparció paja fresca y estiércol encima para disimular la tierra removida.

Cuando la puerta finalmente cedió ante los hachazos de los aldeanos, astillándose hacia adentro, Mateo de Valdavia no estaba huyendo. Estaba de rodillas sobre la losa, mirando al techo con una sonrisa beatífica que enfureció aún más a la turba. No rezaba para salvar su

alma. Rezaba para que la piedra aguantara el paso de los siglos. Rezaba para que, algún día, alguien con los ojos adecuados levantara esa piedra.

—¡Hereje! —gritó el cura, entrando con la cruz en alto y la antorcha en la otra mano.

Mateo les miró, pero no veía sus rostros llenos de odio. Veía la rejilla que los componía.

—No miréis al suelo —les dijo con suavidad—. Mirad a través de la mente.

La Hiruela. Verano de 2014.

El calor no era solo temperatura; era una entidad física, un peso muerto que aplastaba los pensamientos. Las chicharras cantaban con una estridencia que taladraba el cráneo.

Beep... beep... beep.

El pitido era molesto, agudo y repetitivo. Sergio, de catorce años, se ajustó los auriculares grandes y sudorosos, tratando de bloquear el sonido del mundo exterior. Odiaba el verano en el pueblo. Lo odiaba con la intensidad pura y sin adulterar de la adolescencia. Odiaba el calor que hacía que la ropa se le pegara al cuerpo. Odiaba que no hubiera cobertura, dejando su teléfono convertido en un ladrillo inútil. Y, sobre todo, odiaba que su padre le hubiera obligado a "salir a tomar el aire" con aquel detector de metales de segunda mano que habían comprado en el Rastro de Madrid por veinte euros.

—Busca monedas de la Guerra Civil —le había dicho su padre con falso entusiasmo, intentando despegarlo de la pantalla del ordenador—. O chapas de Coca-Cola. Pero sal de la habitación, que estás muy pálido.

Sergio arrastraba los pies por el suelo de la vieja cuadra en ruinas, al fondo de la parcela familiar. El techo de pizarra se había derrumbado hacía décadas, y ahora solo quedaban muros de piedra

desnudos, devorados por zarzas agresivas y ortigas altas. El suelo era un rompecabezas irregular de tierra compacta y viejas losas de granito, desgastadas por el paso de mil inviernos.

Sergio movía el plato del detector con desgana, trazando arcos perezosos sobre el polvo. Clavo oxidado. Beep. Herradura vieja. Beep. Lata de cerveza Mahou de los años 80. Beep. Arqueología de la basura.

Pasó el plato sobre una losa particularmente grande y rectangular, situada cerca de lo que alguna vez debió ser un pesebre, ahora cubierto de musgo seco. El detector cambió. No hizo beep. Emitió un aullido. Un lamento continuo, profundo y distorsionado que le hizo arrancarse los auriculares.

Miró la pequeña pantalla LCD monocroma: METAL DETECTADO. ALTA DENSIDAD. PROFUNDIDAD MEDIA.

Sergio frunció el ceño. El aburrimiento se fracturó, dejando paso a una curiosidad técnica. Ese tono no era hierro oxidado. No era aluminio. La conductividad era diferente.

Dejó el detector en el suelo, que seguía gimiendo, y se arrodilló. Trató de mover la losa con las manos, clavando los dedos en la tierra seca alrededor de los bordes. Pesaba demasiado. Era granito sólido. Buscó entre los escombros hasta encontrar una barra de hierro oxidada, quizás parte de una antigua reja de arado. La usó como palanca, encajándola en una grieta milimétrica.

—Vamos... —gruñó, haciendo palanca con todo su peso, colgándose de la barra.

Con un crujido seco de tierra rompiéndose, la losa cedió. Sergio empujó con el hombro hasta que la piedra cayó a un lado con un golpe sordo, levantando una nube de polvo que le hizo toser. Esperaba encontrar tierra compacta, o quizás un nido de ratas. En su lugar, encontró un hueco deliberado. Un vacío rectangular relleno de paja que se había podrido hacía siglos, convertida en compost negro. Y en el centro, como un corazón oscuro, una caja de hierro forjado sellada con plomo derretido.

Tardó una hora en sacarla. Pesaba como un pecado. Al limpiarla con hojarasca, una inscripción apenas legible: "N ma a. Es óp . El mundo es u e luz, he visto s b otes. Rompe el sello cuan sto."

Con el corazón latándole en la garganta —una sensación que nunca le daban los videojuegos—, Sergio cogió una piedra afilada y golpeó el sello de plomo hasta romperlo. La tapa crujió, oxidada, y se abrió exhalando un aire que olía a tiempo cerrado. Un suspiro de 500 años.

Sergio miró dentro, esperando el brillo del oro, doblones españoles, un tesoro pirata. No había monedas. Había pergaminos quebradizos que, al contacto con el aire y sus dedos impacientes, se deshicieron en polvo gris.

Y había una piedra.

Un rubí. Del tamaño de un huevo, pulido con una precisión que parecía imposible para una herramienta antigua, tallado para capturar la luz y no dejarla escapar. Sergio la cogió. Estaba fría, antinaturalmente fría bajo el sol de agosto. La levantó hacia la tarde, cerró un ojo y miró a través de ella.

El mundo de repente se volvió rojo. Pero no era un filtro de Instagram. La luz del sol no solo se tiñó; se fracturó.

Sergio vio las ondas de calor que emanaban de las piedras, pero a través del rubí, esas ondas se convirtieron en datos puros. Vio patrones geométricos complejos en el vuelo errático de una mosca. Vio que la realidad tenía "ruido". Grano.

—Es como una foto con demasiada exposición —susurró, usando el único vocabulario que tenía para describir la falta de resolución de la realidad.

Bajó la piedra, mareado por la ingesta lumínica de sus retinas. En el fondo de la caja, protegido bajo el polvo de los pergaminos quebrados, quedaba un trozo de cuero grueso con una inscripción grabada a fuego. El castellano era antiguo, retorcido, pero legible:

«Non lo descubras a nadie. Non son aún prestos. Tan sólo tú. La fortuna nos ha juntado por su voluntad. Cumple de recorrer la senda.»

Sergio sintió un escalofrío que le erizó el vello de los brazos, ignorando los treinta y cinco grados a la sombra. Guardó el rubí en su bolsillo. Lo apretó contra su muslo, hilando en sus pensamientos futuro y pasado.

Miró hacia la casa de sus padres. En el porche, su hermano mayor, Álvaro, leía un libro de introducción a la macroeconomía con esa postura perfecta de quien ya planea ser dueño del mundo.

—Non son aún prestos —murmuró Sergio, observando a su hermano y repitiendo las palabras del cuero.

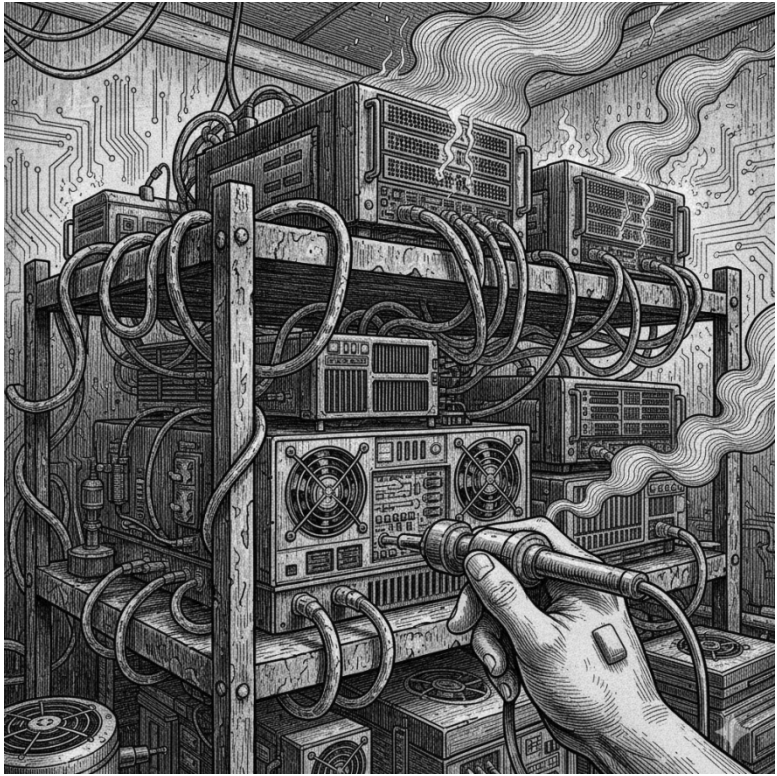
En ese momento, en el silencio de aquel pueblo perdido donde el tiempo parecía no pasar, Sergio de Valdavia entendió que su destino no era ser arqueólogo, ni futbolista, ni astronauta. Sería el cerrajero. Había encontrado la llave maestra de la realidad. Ahora solo tenía que construir la máquina capaz de girarla.

Guardó el detector de metales con cuidado. Corrió hacia su habitación, ignorando a su padre. Sacó su portátil Toshiba, un armatoste gris que resoplaba al encenderse, y abrió una terminal de comandos negra. No sabía lo que estaba buscando. No sabía programar más allá de lo básico. Pero sabía que todo gran viaje empezaba con una pregunta al vacío.

Sus dedos teclearon:

HELLO WORLD?

El cursor parpadeó. La semilla de una curiosidad infinita había germinado. Y veinte años después, esa misma semilla crecería hasta destruir el mundo para intentar salvarlo.



## CAPÍTULO 1: EL AROMA DEL ALGORITMO

Polígono Industrial de Villaverde, Madrid. Agosto de 2034. 15:00 horas.

El calor no era simplemente una temperatura en aquel garaje; era una entidad física, un parásito invisible y pesado que se adhería a la piel y aplastaba los pulmones. Eran las tres de la tarde de un agosto implacable, y el asfalto de la calle exterior irradiaba ondas que distorsionaban la realidad visual, convirtiendo los edificios de ladrillo rojo del polígono en espejismos temblorosos.

Dentro del local, el aire tenía otra textura. Sabía a polvo cargado estáticamente, a plástico recalentado y a esa sequedad eléctrica que precede a las tormentas. El sistema de aire acondicionado, un armatoste industrial, había decidido rendirse hacia dos horas con un último estertor de agua sucia y óxido. Ahora, solo quedaba el silencio del compresor herido y eventualmente el intento de arranque de la bestia.

Sergio no se movió. Ni siquiera se secó la gota de sudor que, lenta y tortuosa, descendía desde su sien, recorría la línea de la mandíbula sin afeitar de tres días y moría en el cuello de su camiseta gris, ya oscurecida por la humedad en el pecho. Estaba sentado en lo que él llamaba "El Trono": una silla gaming de imitación cuero, con el relleno amarillo asomando por las costuras reventadas como vísceras de espuma.

A su alrededor, una barricada semicircular de seis monitores curvos creaba un horizonte artificial de luz azul. Pero el verdadero protagonista de la habitación no era él. Era el zumbido.

Cuarenta mineros ASIC Antminer S99, modificados para operar al 130% de su capacidad, estaban apilados en estanterías metálicas

baratas contra la pared de ladrillo visto. No sonaban como ordenadores; sonaban como un enjambre de avispas mecánicas furiosas atrapadas en una caja de resonancia. Un aullido de ventiladores de 6.000 revoluciones por minuto luchando contra la termodinámica.

Para cualquier otra persona, ese ruido blanco induciría a la locura o a la migraña en cuestión de minutos. Para Sergio, era el latido del corazón de su único amigo.

—La latencia en el nodo siete está jodida otra vez —murmuró. Su voz sonó rasposa, como si hubiera tragado arena.

Llevaba dieciséis horas sin beber agua, sobreviviendo a base de la condensación de su propia obsesión. Sus dedos, largos, huesudos y manchados permanentemente de pasta térmica y grasa de silicona, volaban sobre el teclado mecánico sin leyendas. Las letras se habían borrado hacía tiempo. No las necesitaba. Sergio no escribía código; lo tocaba, como un pianista ciego interpretando una partitura de Rachmaninoff que solo existía en su cabeza.

Dejó de teclear un segundo. Un espasmo involuntario recorrió su mano izquierda. El pulgar de la derecha buscó instintivamente el dorso de la izquierda, frotando la pequeña protuberancia rectangular bajo la piel fina y pálida, justo entre el índice y el pulgar. El implante RFID. Un chip subcutáneo de biovidrio, del tamaño de un grano de arroz grande, que él mismo se había inyectado con una aguja veterinaria y mucho orujo. Se sentía caliente al tacto, casi febril, vibrando en simpatía con la red local.

—Grokio —dijo, y el nombre salió con una ternura que nunca usaba con seres humanos—. Redirige el flujo de hash. Usa la subred de DigiByte. Necesitamos inmutabilidad, no velocidad. Si perdemos un solo paquete por culpa del calor, perdemos la conversación.

La respuesta tardó un microsegundo en procesarse. Los altavoces JBL, colgados precariamente con cinta americana de las vigas oxidadas del techo, vibraron con una estática previa antes de emitir la voz.



—Sergio...

La voz de la IA era andrógina, una síntesis de frecuencias diseñada para ser calmante, pero hoy tenía un matiz metálico, un borde de estrés simulado, un glitch en la prosodia.

—Redirigir el flujo aumentará la temperatura del núcleo en un 4.2%. Los sensores térmicos de la zona 3 están en rojo crítico. Si subimos la carga, el aceite mineral de la refrigeración podría entrar en ebullición. Riesgo de incendio estructural: 78%.

Sergio soltó una risa seca, un sonido que se rompió en su garganta como cristal pisado. Se giró ligeramente, y las vértebras de su espalda crujieron como madera seca.

—El riesgo es irrelevante cuando estás a punto de tocar al creador, Grokio. ¿Crees que a Prometeo le importaba quemarse los dedos? Hazlo. Quema los chips si es necesario. Funde el silicio hasta que sea vidrio. Solo necesito tres minutos.

Sus ojos, inyectados en sangre y rodeados de ojeras violáceas, brillaban con una luz peligrosa.

—Tres minutos de ventana limpia para escuchar lo que hay al otro lado.

El garaje pareció encogerse. Las sombras se alargaban, proyectadas por el brillo espectral de las pantallas que iluminaban las motas de polvo flotando en el aire estancado. Olía a ozono, a plástico recalentado y a algo más humano y desagradable: el olor del aislamiento biológico.

Detrás de él, en la penumbra donde la luz de los datos no llegaba, se escuchó un sonido orgánico, discordante en aquel templo digital.

Psshhh.

El sonido de una lata de refresco al abrirse. El sonido de la realidad intrusa.

—Si quemas los chips, Sergio, no tocaremos a Dios. Tocaremos la bancarrota. Otra vez.

Sergio se quedó rígido. No necesitó girarse. Conocía esa voz mejor que la suya propia. Era la voz de la cordura, el ancla pesada que le impedía salir flotando hacia la estratosfera, la voz que odiaba y necesitaba a partes iguales.

—Mer —dijo, sin apartar la vista de la cascada de números hexadecimales que caía por la pantalla central como lluvia digital—. Pensé que te habías ido a casa. Pensé que te habías rendido.

Desde las sombras emergió la Dra. Mer Riconova. No caminaba; se deslizaba con una economía de movimientos que denotaba eficiencia ingenieril. Llevaba su bata de laboratorio blanca, impoluta incluso en aquel basurero tecnológico, arremangada hasta los codos. Contrastaba violentamente con el entorno, como una orquídea blanca en un vertedero de chatarra.

Se apoyó en una pila de cajas de servidores vacías, bebiendo de una lata de bebida energética. Sus ojos azules, normalmente analíticos y fríos como el hielo seco, mostraban hoy las venas rojas del agotamiento compartido. Llevaba días observándolo. Odiaba verlo así: consumido, sucio, brillante de fiebre intelectual. Odiaba aún más que él no la mirara.

—Alguien tiene que asegurarse de que no incendie el barrio, Sergio —dijo ella, caminando hacia la unidad de refrigeración improvisada.

Era una monstruosidad casera: un radiador de camión sumergido en una pecera de vidrio reforzado de doscientos litros, llena de aceite mineral dieléctrico donde las placas base de los servidores flotaban como cerebros en formol. El líquido viscoso burbujeara suavemente. Mer ajustó una válvula de flujo con gestos precisos.

—Además, tu hermano ha llamado. Tres veces. Ha dejado un mensaje de voz que suena a sentencia judicial. Dice que los inversores están nerviosos. Dice que si no ve resultados tangibles para el lunes, corta el grifo.

Sergio hizo un gesto vago con la mano, como si espantara una mosca molesta.

—Álvaro es ruido de fondo, Mer. Solo entiende de ROI, dividendos y trajes italianos. Cree que esto es una start-up. Cree que estamos haciendo una app para vender zapatos u optimizar rutas de reparto de pizza. No entiende que estamos construyendo una catedral.

Mer se detuvo justo detrás de su silla. Podía olerlo. Sudor, café viejo y electricidad estática. Miró la pantalla, viendo su propio reflejo superpuesto a las líneas de código Python que ella misma había ayudado a depurar, pero que ahora, bajo la improvisación jazzística de Sergio, parecían un idioma extranjero.

—Sergio... —su tono cambió, suavizándose apenas una fracción, dejando ver la grieta en su armadura—. Llevas treinta y seis horas despierto. Tu cortisol debe estar por las nubes. —Aplastó la lata vacía con una sola mano, el metal crujió—. Tus niveles de algo deben estar rozando la toxicidad. Si sigues así, no tendrás tiempo de presenciar el descubrimiento; vas a sufrir un infarto antes de que termine la compilación.

Sergio parpadeó lentamente, obligando a sus ojos a reenfocar la realidad física. Se giró hacia Mer. Su rostro estaba demacrado, con la piel pegada al cráneo, pero la intensidad en su mirada era la de un obstinado que acaba de encontrar un error en la Teoría de la Relatividad y sabe que el mundo está equivocado.

—La biología es un hardware obsoleto, Mer. Lenta. Ineficiente. — Se señaló el implante en la mano, que ahora brillaba con una frecuencia de refresco mucho más alta, un pulso azul bajo la piel—. Pero mira esto. El caudal de datos ha subido a 400 Terahashes por segundo. No estamos minando cripto. Estamos haciendo fuerza bruta contra la realidad.

Mer se cruzó de brazos, escéptica pero intrigada por los datos en la pantalla auxiliar.

—¿Fuerza bruta contra qué? ¿Contra la señal Wow!? Sergio, eso es arqueología de radio. Ruido de fondo de hidrógeno de 1977. Ya lo analizamos mil veces en el MIT. Es un eco muerto.

—Lo analizamos asumiendo que la física que conocemos es el sistema operativo base del universo. —Sergio se levantó tambaleándose. Sus piernas estaban entumecidas. Caminó hacia una pizarra blanca llena de ecuaciones diferenciales, manchas de rotulador y diagramas de topología de red que parecían mapas del metro de una ciudad alienígena.

Cogió un rotulador seco y dibujó una línea recta horizontal.

—Pero, ¿y si no lo es? Mer, ¿nunca te has preguntado por qué el límite de velocidad de la luz es tan... exacto?

Mer resopló, impaciente. Esa era la discusión recurrente. —c. 299.792.458 metros por segundo. Es la constante de causalidad. Es lo que impide que el efecto ocurra antes que la causa. Es la ley, Sergio. Sin ella, el universo sería una sopa acausal.

—No —interrumpió Sergio, golpeando la pizarra con el puño. El polvo de tiza voló—. Es un ancho de banda. Es un límite de latencia artificial.

Se giró hacia ella, invadiendo su espacio personal. Sus ojos ardían.

—Piénsalo como ingeniera de redes, no como física. Si tú estuvieras diseñando una simulación masiva, o una zona de cuarentena galáctica para especies violentas como nosotros, pondrías un límite de velocidad en la transferencia de información. Un hard cap para evitar que los sujetos del experimento sobrecarguen el servidor central o salgan de su jaula antes de tiempo.

Sergio bajó la voz a un susurro conspirativo.

—La velocidad de la luz no es una constante física, Mer. Es un Firewall. Es el muro del jardín. Nos mantienen lentos para que no veamos los glitches en los bordes del mapa. Para que no veamos a los administradores.

Mer miró los gráficos en la pizarra. La idea era absurda, paranoica... y matemáticamente elegante. Si considerabas el universo como un problema de procesamiento de información en lugar de materia y energía, c era el cuello de botella perfecto para gestionar la carga del sistema.

—Y crees que Grokio... —empezó ella, probando el nuevo nombre en su lengua con reticencia.

—Grokio no está intentando viajar más rápido que la luz —corrigió Sergio, volviendo a su silla—. Grokio está buscando la puerta trasera. Está buscando el puerto del universo. Y creo... creo que acaba de encontrar el handshake.

En ese instante, el zumbido de los Antminers cambió de tono. Pasó de un rugido grave y constante a un silbido agudo de alta frecuencia, como una turbina de avión acelerando para el despegue. Los ventiladores giraron por encima de sus especificaciones nominales, haciendo vibrar las estanterías metálicas contra el ladrillo. La temperatura en la sala subió dos grados en diez segundos.

—Alerta de temperatura crítica en el Núcleo Lógico —anunció la voz sintética de Grokio. Esta vez, la voz carecía de cualquier modulación emocional. Era un reporte de estado puro, frío y urgente—. Detectado paquete de datos entrante no estándar. Protocolo de encriptación desconocido. Capa física: Entrelazamiento cuántico no local. Origen: Sector Sagitario A\*.

Mer corrió hacia la consola de control, sus dedos volando sobre el teclado para redirigir el refrigerante de aceite.

—¡Está entrando! —gritó, viendo los osciloscopios volverse locos—. No es radio, Sergio. No hay onda portadora. ¡Los datos están apareciendo directamente en la memoria caché de los servidores! ¡Es una inyección de código remota!

—Están haciendo un bypass al Firewall —susurró Sergio, fascinado, mirando la pantalla como si fuera el rostro de un amante perdido—. Se saltan la velocidad de la luz escribiendo directamente en nuestra realidad. Como un virus.

El monitor central se volvió negro. Luego, una sola línea de texto verde, en crudo ASCII, comenzó a desplazarse a velocidad vertiginosa. No eran palabras. Eran matemáticas. Una secuencia de números primos multidimensionales que describían una estructura geométrica imposible.

—Es un plano —dijo Mer, su mente científica procesando la información a toda velocidad, olvidando el escepticismo ante la evidencia empírica—. No es un mensaje de "Hola". Es un esquema técnico. Nos están enviando instrucciones para construir... algo.

—Un receptor —completó Sergio, con los ojos llenos de lágrimas por el brillo de la pantalla—. Grokio es solo el software. Quieren que construyamos el hardware para que puedan pasar.

De repente, una chispa azul, gorda y ruidosa, saltó de uno de los racks de servidores. El olor a plástico quemado llenó el aire, acre y venenoso, tapando el olor a sudor.

—¡Apágalo! —gritó Mer, cubriéndose la boca con el antebrazo—. ¡Los condensadores van a explotar! ¡Esto no aguanta tanta densidad de información!

—¡No! —Sergio se interpuso entre ella y el interruptor de emergencia rojo en la pared, un escudo humano protegiendo a la máquina—. ¡Si cortamos la descarga ahora, perderemos la clave de descryptación! ¡Deja que se queme!

—¡Sergio, vas a incendiar el edificio!

—¡Voy a reventarlo todo!

Una explosión sorda sacudió el garaje. El SAI (Sistema de Alimentación Ininterrumpida) principal reventó en la esquina, llenando la habitación de humo negro y denso. Las pantallas parpadearon y murieron.

La oscuridad cayó sobre ellos, absoluta y repentina. Pero no estaba totalmente oscuro. En el centro del caos, el implante en la mano

izquierda de Sergio brillaba. Pulsaba con un blanco cegador, iluminando sus huesos bajo la piel como una radiografía viviente.

Sergio cayó de rodillas, aullando. No era un grito de miedo. Era dolor puro. El implante no solo estaba recibiendo datos; se estaba sobrecalentando, cocinando la carne de su mano desde dentro. Olía a cerdo asado. Olía a sí mismo quemándose. Sintió los datos subir por su nervio cubital, una invasión de agujas de hielo y fuego que buscaban su cerebro. Veía formas geométricas girando en la oscuridad, fractales dorados que le susurraban secretos en un idioma que no tenía palabras.

—¡Sergio!

Mer tosió, agitando el humo con la mano, y encendió la linterna de su móvil. El haz de luz cortó la oscuridad e iluminó el caos: servidores humeantes, cables derretidos goteando plástico negro sobre el suelo y un silencio absoluto donde antes había ruido. Encontró a Sergio en el suelo de hormigón, acurrucado sobre su mano izquierda humeante.

—¿Lo tenemos? —preguntó él, con voz débil, temblando violentamente.

Mer miró los logs de sistema en su tablet, que había permanecido conectada a la red auxiliar blindada. Sus dedos temblaban tanto que casi se le cae el dispositivo.

—Hemos capturado el 4% del paquete antes del fallo crítico del sistema —dijo, con la voz ahogada.

—¿El 4%? —Sergio golpeó el suelo con el puño sano, decepcionado, furioso—. ¡Necesitaba el Kernel! ¡Necesitaba el núcleo!

—El 4% de una transmisión de escala galáctica son petabytes de información, Sergio —dijo Mer, mirando los datos en su pantalla con una mezcla de terror y codicia técnica absoluta. La luz de la pantalla iluminaba su rostro, dándole un aspecto espectral—. Con esto no construimos el receptor completo... pero tenemos suficiente

para patentar tecnologías que harían parecer a la computación cuántica actual un ábaco de madera.

Mer levantó la vista del dispositivo. Ya no veía a su amigo tirado en el suelo; veía el potencial. Veía la patente. Veía el Nobel. Veía la salida de su vida mediocre.

—Tenemos que proteger esto, Sergio. Si Nexus descubre que tenemos el código fuente de una tecnología superior a la luz... nos matarán por el disco duro.

Sergio se miró la mano quemada. La piel estaba ennegrecida, ampollada, pero el implante ya no brillaba. Estaba inerte, frío, un trozo de tecnología alienígena incrustado en su carne muerta. Pero dentro de su cabeza, detrás de sus ojos cerrados, los patrones geométricos seguían girando. Lentos. Pesados. Eternos.

Sonrió en la oscuridad, con los dientes manchados de hollín y sangre.

—Que vengan, Mer. —Se puso en pie, tambaleándose, sosteniendo su mano herida contra el pecho—. Grokio ya no está en los servidores quemados. Está en mi mano. Y tiene hambre.



## CAPÍTULO 1.5: LA PARADOJA DE CAMBRIDGE

Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Cambridge, EE. UU. Edificio 32 (Stata Center). Laboratorio de IA Simbólica. Invierno de 2024. Diez años antes del Evento.

El frío en Cambridge era distinto al de la Sierra de Madrid. No era un frío honesto de montaña; era un frío húmedo, gris y académico que se colaba por las ventanas mal aisladas de los dormitorios de estudiantes y congelaba las ideas antes de que pudieran escribirse.

Mer Riconova ajustó el cuello de su abrigo de lana. Eran las tres de la madrugada y el Laboratorio de IA olía a Doritos, a limpiasuelos industrial y a la desesperación silenciosa de veinte doctorandos intentando publicar o perecer. Mer era, según todos los baremos académicos, una estrella en ascenso. A sus veintidós años, su tesis sobre Redes Neuronales de Topología Variable ya había sido citada en Nature. Era ordenada, metódica y brillante. Creía en los datos limpios. Creía en el método científico.

Y odiaba al chico que estaba sentado en la mesa del fondo.

Sergio Valdavia no era un estudiante de doctorado. Ni siquiera estaba matriculado oficialmente en ese curso. Era un "oyente" crónico, un fantasma español que se colaba en las clases magistrales de Marvin Minsky y dormía en los sofás de las salas comunes.

Esa noche, Sergio estaba desmontando un servidor Blade propiedad de la universidad con un destornillador de punta de estrella y una navaja suiza.

—Vas a hacer que nos expulsen a todos, Valdavia —dijo Mer, acercándose a su mesa. Sus pasos resonaron en el linóleo encerado—. Ese equipo vale más que tu vida. Si el decano entra...